



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2017, MARÍA BRANDÁN ARÁOZ  
© De esta edición:  
2017, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5190-1  
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: febrero de 2017

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Edición: LUCÍA AGUIRRE – CLARA OEYEN  
Ilustración de cubierta: PEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Brandán Aráoz, María  
Mauro y Adela : agencia de detectives / María Brandán Aráoz ; ilustrado por  
Alberto Pez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2017.  
168 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-5190-1

1. Cuentos Policiales. 2. Literatura Juvenil. I. Alberto Pez, ilus. II. Título.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN EL MES DE FEBRERO DE 2017 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192,  
AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# **Mauro & Adela**

## **Agencia de Detectives**

María Brandán Aráoz

Ilustración de cubierta de Pez

loqueleg

*A Dolores, hija, inspiradora y  
lectora de mis originales.  
A Miguel, mi compañero de toda la vida.*



El caso del  
collar robado

En la cubierta, bajo un sol radiante, Mauro y Adela contemplaron fascinados el muelle y la costanera de Colonia del Sacramento, en Uruguay. Después de tres horas y media de navegación desde la vecina orilla de Buenos Aires, el barco *Eladia Isabel* estaba próximo a atracar.

—Ay, Mauro, nunca pensé que pudiera sentirme tan feliz... y tan agotada —suspiró Adela.

—Es lo más común del mundo después de un casamiento y a punto de comenzar nuestra luna de miel —contestó Mauro, y le acarició el pelo castaño y largo enredado por el viento.

Adela asintió admirando de reojo el atractivo perfil de su flamante marido y pensó: “Parece increíble que ya estemos casados. Lo amo con todo mi corazón”. En voz alta solo comentó:

—Ojalá el hotel que contratamos por internet sea tan lindo como lo mostraban las fotos.

—Y que además nos den bien de comer. ¡Tengo un hambre! Vamos, Adela, ya hay gente haciendo cola para bajar del barco.

El hotel Aljibe, en pleno Barrio Histórico de Colonia del Sacramento, era como un casco de estancia en miniatura: pocas y antiguas habitaciones recicladas daban a una galería y a un patio de baldosas en damero, con un aljibe colmado de plantas y flores. Las puertas de rejas y los faroles eran del más puro estilo colonial español. Un hotel familiar de arquitectura de época, confortable y sencillo.

—Este lugar es un paraíso en miniatura, ¡hay tanta paz y tranquilidad! Justo lo que necesitaba, después de los nervios pasados en los últimos días —se entusiasmó Adela.

—Y eso que tuvimos una ceremonia sencilla, en el campo y con muy pocos invitados. Tal como vos querías. Al menos podés estar segura de que estaremos lejos “del mundanal ruido” —dijo Mauro, largando una carcajada.

Sherlock no se equivocaba, porque casi a fines de noviembre eran escasas las personas hospedadas,

y pronto llegaron a conocerlas a todas de solo cruzárselas en el patio y verlas en el comedor a las horas del desayuno y la cena. El contacto con los huéspedes de las habitaciones vecinas, un joven brasileño y una señora regordeta con su caniche blanco, tampoco pasó de un saludo casual.

La excepción fue Celina, la camarera del piso, una joven alegre y servicial con la que trabaron amistad desde el primer día. Siempre estaba dispuesta a una charla amena y a ayudarlos con cualquier cosa que necesitaban. Y si dejaban el cartel de limpiar el cuarto y alguno de ellos olvidaba la billetera o dinero sobre la mesa de luz, no había problema. Pronto comprobaron que Celina era de absoluta confianza, no tocaba ni una moneda.

Mauro y Adela –como cualquier pareja de recién casados– vivían en su idílico mundo y dedicaban los días a recorrer el Barrio Histórico, el Puerto de Yates, los negocios artesanales y, sobre todo, a disfrutar de excursiones y paseos turísticos como Colonia Suiza y La Plaza de Toros, entre sus preferidos.

Así pasó una semana maravillosa sin que nada empañara la felicidad de “los chicos”, como los

llamaba afectuosamente Benito, el conserje del Aljibe.

La tarde del segundo sábado de la estadía, al entrar en la recepción para pedir su llave, a Mauro y a Adela no les pasó inadvertido un ambiente cargado de nerviosismo.

La señora regordeta, con su caniche blanco en brazos, le hablaba en voz alta y tono severo al conserje.

—Mire, Benito, le digo que esta mañana no me hicieron el cuarto y eso que lo dejé desocupado a las siete. Es un descuido imperdonable.

—Enseguida le aviso a la mucama, señora Chicha. Disculpe, la chica es nueva, habrá tenido algún percance. Anoche llegó otro huésped y ella estuvo de guardia.

La señora Chicha se retiró con aires de reina ofendida sin esperar el final de la frase, sosteniendo con fuerza al caniche, que luchaba por liberarse de los brazos rechonchos.

Mauro y Adela retiraron la llave de la habitación y, apremiados por el cansancio y el hambre después de varias horas de caminata y solo un par de sándwiches por almuerzo, entraron a merendar al comedor, a esa hora vacío.

Celina, usualmente alegre y locuaz en cualquier momento del día, esta vez esbozó una sonrisa forzada y los condujo sin hablar hacia la única mesa dispuesta para la hora del té.

A Adela le llamó la atención el semblante demacrado y ojeroso de la camarera. Hubiera querido preguntarle si se sentía bien, pero no se atrevió a inmiscuirse en la intimidad de la joven. Sin embargo, el ánimo apesadumbrado de la muchacha también atrajo el interés de Mauro.

—Celina tuvo insomnio anoche o le pasa algo peor, parece al borde del llanto —comentó Sherlock en un susurro.

Terminaban de disfrutar de un exquisito té con bollos, crema y mermelada casera cuando una mujer madura, de rodete, muy delgada y bien vestida (desconocida para ellos) irrumpió en el comedor y se dirigió directamente a la moza. Sin tener en cuenta la presencia de los Fromm, únicos comensales, le advirtió con voz airada.

—Mirá, si mi collar no aparece para mañana, haré la denuncia al conserje y a la policía. Es tu última oportunidad para devolverlo.

—Señora, ya le dije que yo no le robé su collar, nunca haría una cosa así —contestó la joven ahogando un sollozo.

—Fuiste la última persona en entrar en mi habitación, y también la única que tenía la llave. Te doy hasta mañana para entregármelo —dijo la de rodete, sin conmoverse, y se fue con un taconeo.

Incapaz de contenerse, Celina prorrumpió en sollozos y balbuceando disculpas hizo ademán de irse. Mauro, compadecido, se levantó de un salto y la detuvo a mitad de camino.

—Esperá, Celina, me gustaría ayudarte. Yo soy detective y abogado. ¿Por qué no me contás lo que pasó? Si sos inocente, no es justo que te traten así.

La muchacha lo miró sorprendida, después bajó la cabeza avergonzada, negando.

—Disculpe, yo le agradezco el gesto, pero usted es huésped del hotel, no corresponde que yo lo involucre en mis problemas.

—Los dos somos detectives, Celina, creeme que diste con las personas justas. Podés confiar en nosotros —intervino Adela—. ¿Cómo vas a resolver esto de hoy para mañana sin ayuda? Salvo que sepas dónde está el collar...

—Es que no lo sé, yo no lo robé. Pero soy una empleada nueva acá, ¿quién me va a creer? —se lamentó la joven.

—Nosotros te creemos. Insisto en que nos cuentes lo sucedido —dijo Mauro en un tono a la vez afectuoso y enérgico que no admitía réplica.

—Está bien, hablemos, pero no aquí porque puede entrar alguien. Espérenme en diez minutos en el patio, detrás del aljibe, tengo un rato de descanso. Enseguida voy y les cuento todo.

La historia de Celina era tan simple que parecía chiste creer en su inocencia.

La mujer madura de rodete había llegado al hotel el día anterior y, apenas registrada, ya pidió una caja fuerte.

—La necesito porque tengo un valioso collar y, aunque está asegurado, no quiero dejarlo en la habitación.

—Hasta mañana no nos queda ningún cuarto con caja fuerte disponible, señora. Puede dejarlo en un sobre cerrado con su nombre, en la recepción. Aquí estará seguro —ofreció el conserje.

La mujer no quiso saber nada con la propuesta.

—Si es solo por una noche, prefiero tenerlo conmigo, confío en que nada ocurra —decidió a regañadientes.

Al llegar a este punto, Celina tuvo otra crisis de llanto. La sofocó en un pañuelo de papel y prosiguió el relato:

—Esta mañana, la señora Sara (así se llama) fue a desayunar muy temprano y, durante ese lapso, yo aproveché para hacer la habitación. Una hora después, me buscó en la galería y me acusó de haberle robado el collar.

—¿Alguna otra persona estaba enterada de que la mujer tenía una alhaja de valor? —preguntó Mauro.

—Anoche, cuando ella llegó, en la recepción solo estábamos el conserje y yo, no se hallaban otros empleados.

—Pensá bien, a lo mejor había algún huésped sentado en el lobby que pudo haber escuchado la charla. O quizá pasó una persona que no viste —intervino Adela.

—Como pasar... pasaron los de siempre a dejar las llaves, pero no creo que hayan oído la conversación. Salvo que el conserje...

—¿Qué? ¿Lo considerarás sospechoso? —indagó Mauro.

—No, él es de mucha confianza, hace años que está en el hotel. Yo entré hace poco gracias a él, que me conoce del barrio. Solo que a Benito le gusta hablar con los huéspedes y se le pudo haber escapado lo del collar, pero no lo creo.

—Lamento decir esto, Celina, pero fuiste la única en entrar en la habitación, ¿no es así? —intervino Adela.

—Exacto, y nadie más tiene llave de los cuartos —aseguró Celina con pesar.

—Pensá bien, ¿no saliste en algún momento? A lo mejor fuiste a buscar algo, no sé... Si dejaste la puerta abierta, pudo entrar otra persona —insistió Adela.

—Ahora que me lo pregunta... Dejé una botella de limpiador en la habitación de al lado, pero fui a buscarla y regresé enseguida. No vi pasar a ninguna persona y la puerta seguía entreabierta como yo la había dejado.

—Necesitamos una lista de los huéspedes y los empleados que estaban anoche y esta mañana en el hotel. Adela y yo, por ejemplo, volvimos temprano de una excursión y comimos en la habitación. A la

mujer de rodete la vimos por primera vez esta tarde. —Mauro sacó del bolsillo una ajada libreta de notas y una birrome que llevaba siempre consigo y se las ofreció a Celina.

—Ustedes ya los conocen, son muy pocos; varios huéspedes se fueron ayer por la mañana —Celina escribió unas líneas con apresuramiento y le devolvió la libreta—. Se acabó mi tiempo libre; por favor, el plazo vence mañana. ¡Ayúdenme, yo no fui! —exclamó acongojada.

Mauro y Adela, conmovidos, se sentaron en un banco del patio para intercambiar ideas. El caso del collar robado los sorprendía en su luna de miel, pero el tiempo apremiaba y los detectives estaban ansiosos por resolverlo.

—Tenemos pocas horas para desentrañar este misterio antes de que intervenga la policía —dijo Adela—. Celina no es una ladrona, pudimos comprobar que es de confianza. Y basta verla actuar para darse cuenta.

—Igual, no podemos descartar a nadie, ni siquiera a ella —le recordó Mauro—. Con estos nombres ya tenemos una lista de sospechosos para empezar —y le mostró el papel escrito.